



LA DIMENSION AFRICANA DE CANARIAS
(Acotaciones de un periodista canario)

PEDRO FERNAUD

Basta mirar un mapa para concluir, desde la evidencia geográfica, que las islas Canarias están en Africa. Basta repasar la historia de nuestro archipiélago para saber que Canarias no es Africa. Nuestra lengua española, que establece el delicado matiz diferenciador entre *ser* y *estar*, permite situar en fórmula sintética la compleja, y yo diría que hasta ambigua, relación de Canarias con Africa. Pienso que para los canarios es de la máxima importancia desentrañar, mediante un debate riguroso (desde la ciencia y no desde la mitomanía), la verdad de nuestras relaciones con nuestros vecinos africanos. Africa es para los canarios nuestra asignatura pendiente, por lo que es menester estudiarla con afán y con método —las llaves para el éxito en las empresas vitales—.

Mi punto de partida es que las Canarias están en Africa, pero no son Africa. Los asistentes extranjeros que no hablen español se sentirán sorprendidos ante este enunciado, pues en la mayoría de las lenguas el verbo estar está fundido —y confundido— con el verbo ser. El verbo estar remite a la instalación, a la situación, mientras que el verbo ser se refiere a la esencia, a lo que realmente uno es. En pocas palabras somos desde donde estamos. El ser —lo ha descubierto la filosofía contemporánea— es cambiante e histórico; la instalación tiene cierta estabilidad y permanencia, desde ella nos proyectamos vectorialmente en diversas direcciones y con diferentes intensidades. La instalación es la infraestructura desde la que es posible el ser.

Tras esta mínima dosis «filosófica», que estimo necesaria para hacer transparente mi pensamiento, voy a entrar directamente en la cuestión que nos ocupa y nos preocupa: las relaciones de Canarias con la vecina Africa. Lo primero que hay que decir es que la opinión y la posición del canario actual sobre su dimensión africana son polémicas, radicales, enfrentadas, llenas de pre-juicios (es decir de estimaciones pre-lógicas) y portadoras de descalificaciones globales hacia los puntos

de vista que les son adversos. Para unos, Africa no es nada para los canarios, sólo un peligro y una oscuridad hostiles de los que es preciso defendernos con todos los medios a nuestro alcance. Un caso muy representativo de este posicionamiento es Domingo Pérez Minik, líder intelectual canario, quien en el prólogo a su «Antología de la poesía canaria» (1952) escribió: «Estas Islas Canarias, que son españolas y que por España fueron ofrecidas a la Cristiandad y a Occidente, se han fraguado culturalmente bajo tan importante destino... Y (no debemos olvidar) que a esta tierra próxima, sedienta, arenosa y llana, que nos pudiera siempre atrapar, Africa, no le debemos nada, y vivimos como de prestado de la fauna y flora mediterráneas, es decir, como lejos de nuestro propio tronco». Para otros, Canarias no sólo está en Africa sino que es exclusivamente Africa; para éstos la historia española de Canarias de estos cinco últimos siglos no es más que la interrupción violenta del discurso genuinamente africano que le es propio y exclusivo al archipiélago. Este radical africanismo se mueve en una órbita de voluntarismo intelectual y político, que configura un nacionalismo agresivo contra lo español, muchas veces —como en el caso del MPAIAC de Cubillo— instrumentado desde cancillerías extranjeras.

El dato básico de que debemos, pues, partir para nuestro análisis es que el discurso canario sobre Africa se mueve entre el Scila de una africanidad manipulada y el Caribdis de un rechazo visceral de nuestra dimensión africana. En mi opinión esta dialéctica rígida y encontrada, que no hace más que disparar conclusiones irreductibles y mendaces, es consecuencia de que el tema africano no se plantea en el discurrir histórico efectivo del Archipiélago, sino desde posiciones esencialistas, idealistas, que sólo conciben realidades estáticas *sin interno movimiento*. Cuando el canario se interroga sobre sí mismo, sobre su destino, sobre su propia condición, tiene la tendencia arcaica a pensarse «sub especie aeternitatis», aparte del tiempo. Pero el horizonte de la vida humana es histórico: lo que el hombre ha sido es un componente esencial de lo que es. Urge, pues, un análisis histórico de las relaciones entre Canarias y Africa; pero no un análisis abstracto sino concreto, desde la genuinidad del discurso histórico efectivo, y no imaginario, de nuestro archipiélago. Estoy convencido de que la ambigüedad del canario medio respecto a su dimensión africana tiene su origen en que interpreta su vinculación al vecino continente como prueba o test de una españolidad puesta en cuestión. Y así vemos cómo desde ciertas posiciones políticas nacionalistas se afirma la africanidad del archipiélago como una exclusión de la sustancia hispánica de Canarias. Y tam-



bién, en el otro extremo, son legión quienes rechazan la dimensión africana del archipiélago por estimar equivocadamente que el presunto coeficiente africano de Canarias cuestiona o pone en peligro el irreversible itinerario hispánico de las Islas iniciado el siglo XV. Este planteamiento de radical disyunción España o África es inadmisibles. La españolidad de Canarias —en mi opinión irrefutable— no es función de su mayor o menor aproximación a África, sino todo lo contrario: Canarias ha estado más o menos cerca de África en función del coeficiente africano que en cada momento ha asumido esa empresa político-histórica que llamamos España. Sólo desde esta perspectiva de estricto ateniemento a la realidad histórica podrá comprenderse el tema de la dimensión africana —también americana, y también euro-occidental— de Canarias. Sostengo la tesis de que desde Canarias puede seguirse la aventura ultramarina —extrapeninsular— de España, con sus cambiantes prioridades africanas o americanas, en función de las estrategias diseñadas por el poder político de la nación española y de sus posibilidades históricas en cada momento histórico disponibles para su culminación. Estoy convencido de que la pregunta canaria acerca de África se volverá elástica, despreciada, desprovista de ambigüedad, cuando se plantee no como cuestión vinculada a una alternativa de españolidad o no, sino como una pregunta esencialmente española. Nuestra inserción irreversible en el destino nacional español es precisamente la que da sentido configurador a las posibilidades y expectativas africanas de Canarias. Las relaciones de Canarias con África, desde el siglo XV, vienen determinadas por el torso general de la Historia de España. Vamos a verlo.

La incorporación de las islas Canarias a la Corona de Castilla se produjo a través de un proceso discontinuo, que se extendió a todo lo largo del siglo XV. Las primeras de las Islas conquistadas se incorporaron a la Corona de Castilla algunos años antes de que, en 1492, se lograra la unidad nacional de España. Es decir, Canarias no fue tierra incorporada a España, sino que era ya parte integrante del factor decisivo —Castilla— en la forja de la unidad española. Canarias entra en la Historia cuando en la Península culmina la Reconquista contra la dominación islámica, cuando termina la guerra civil dinástica en Castilla y cuando se unen las Coronas de Castilla y Aragón por el matrimonio de los Reyes Católicos —Isabel y Fernando—, que sientan las bases para la unidad nacional y el comienzo de la expansión imperial americana de España. La incorporación de Canarias a Castilla supuso la integración en el mundo occidental del «finis terrae» del Ecúmene greco-romano, acunado durante siglos en la leyenda y el mito. El despertar histórico



de las islas Hespérides, como las llamaban los antiguos, se produjo en un momento decisivo: cuando Europa —y dentro de ella España, en aquel entonces su porción más avanzada y llena de dinamismo— se lanza, llevada de sus potencialidades expansivas, a la busca de nuevas tierras. El «finis terrae» de la Antigüedad y el Medioevo pasa automáticamente, con su conquista por Castilla, a la condición de «prima terra» en la cabalgada marina de los españoles hacia el Nuevo Mundo.

Por su situación geográfica Canarias estaba llamada a tener una decisiva dimensión africana, pero los acontecimientos históricos españoles frustraron durante siglos hasta ahora mismo esta posibilidad. El nuevo reino de España tenía ante sí dos posibilidades de expansión de sus energías nacionales: América y/o África. Por razones que no corresponden a este trabajo desarrollar, se impuso la empresa americana sobre la ya iniciada empresa africana de España. Este giro impresionante del destino histórico a que parecían abocadas las islas Canarias, muestra de forma bien expresiva la ambigüedad esencial de la geografía, de la situación, del *estar*, en el destino de los pueblos. A pesar de estar situadas las Canarias, en su porción más próxima, a sólo 100 kilómetros de África, la empresa americana de España revela una inesperada virtualidad del archipiélago, al encontrarse en la ruta de ida y vuelta hacia América desde la Península Ibérica. Canarias, que parecía abocada a un destino africano, de pronto se siente vocada a América. El archipiélago se convirtió enseguida en escala obligada de los barcos que marchaban a América o regresaban del Nuevo Mundo. Aquí repostaban víveres, embarcaban animales y semillas y enrolaban tripulaciones y futuros conquistadores y colonizadores del continente recién descubierto. Es un hecho históricamente aceptado que Canarias fue la maqueta previa de la colonización española en América. Desde el planteamiento bélico de la Conquista hasta la organización política y administrativa, todo pone de manifiesto un auténtico trasplante de instituciones desde el archipiélago canario al Nuevo Mundo. Incluso las Leyes de Indias, dictadas desde criterios humanitarios, tuvieron un precedente en la actuación de los obispos Frías y López de la Serna, quienes batallaron valientemente cerca de la Corte castellana en defensa de la libertad de los aborígenes canarios hasta lograr que se ordenara el rescate de los guanches que habían sido llevados a la Península como esclavos.

Me interesa hacer constar que la inicial condición fronteriza de las Canarias desaparece con el descubrimiento y colonización de América, pues el archipiélago quedó colocado en medio de las Españas, de las aquende y allende el océano Atlántico. Aunque sobre un mapa las siete



islas Canarias parecen polvo esparcido sobre la inmensidad oceánica, la dinámica histórica de la expansión hispana creó una configuración del espacio atlántico en el que nuestro archipiélago ocupa una posición céntrica, arropada, frente al enemigo exterior, bien fueran primero los corsarios franceses, después los piratas holandeses e ingleses. En definitiva estos ataques a las islas fueron semejantes a los sufridos por otros puertos de la Corona española durante los siglos de esplendor del Imperio hispánico. Otra significación histórica tuvieron los ataques de los piratas berberiscos, sobre los que conviene hacer más adelante alguna puntualización por afectar muy directamente al tema que nos ocupa.

Pero antes quisiera subrayar algo que ha quedado ya explícito. El golpe de timón que el descubrimiento de América imprimió a la política expansiva de los Reyes Católicos más allá de la Península, modificó de raíz la función de vector hispano sobre África que la geografía, corroborada y reforzada por la historia, parecía marcar inexorablemente a Canarias. Sin embargo, la gravitación africana del archipiélago es una realidad constante más o menos soterrada, que emerge con fuerza de nuevo tras la pérdida de las colonias españolas en América. Se produce entonces una recuperación de lo que pudiéramos llamar vocación africana de España. Esta vocación africana de España y de Canarias como región española más apta geográfica, estratégica e históricamente para la cumplimentación de este «destino manifiesto», ha sido recogida con precisión por el historiador grancanario Víctor Morales Lezcano en su trabajo «Canarias y el Noroeste de África. Un esbozo de sus relaciones», aparecido en el número 6 de «Gaceta de Canarias». De este trabajo transcribo los siguientes párrafos por su alto valor significativo:

«En cualquier caso, y más allá de los presuntos orígenes africanos de los *guanches* que habitaban Canarias, hay un extremo que se plantea a lo largo de toda la Edad Moderna, en general, y muy en particular, en el siglo XVI: la *gravitación africana* del archipiélago sigue siendo una realidad constante, aunque se produzca a través, no de la vinculación étnica y cultural, sino a través de los contactos que españoles y portugueses mantienen durante todo el siglo con la costa noroccidental de África»...

«El archipiélago canario entró en la órbita ultramarina de los reinos españoles, orientados hacia la mar-océano, durante el siglo XV; la conexión con África, sin embargo, no se perdió del todo a lo largo de la centuria siguiente, aunque sí se mitigó, de resultas de la prioridad otorgada por los intereses del Estado castellano-aragonés a la empresa americana y, en menor medida, al Mediterráneo.»



«La nostalgia de una acción expansiva castellano-aragonesa en tierras africanas aparecerá recurrentemente en el pensamiento historiográfico y en la erudición hispanas del siglo XIX —precisamente cuando se pierde de modo irreversible el Imperio de Indias—, tal y como lo expresa Pérez del Toro: “a no haber sido por el grandioso hecho del descubrimiento de América, que cambió la dirección de la política española, las armas castellanas habrían pasado el Estrecho en el siglo XV como los vándalos lo pasaron en el siglo V, los godos en el VII y los árabes en el VIII, y habríamos sojuzgado la Mauritania y toda la Berbería, y poblado y civilizado el continente africano como civilizamos y poblamos el Nuevo Mundo”.»

Más adelante, en su trabajo, Morales Lezcano se refiere a la afirmación del recientemente fallecido historiador Sánchez Albornoz, para quien dos desembarcos (el de los musulmanes en la Península Ibérica y el de Colón en tierras americanas) «tuercen» la historia de la «España emergente». Por su parte, el historiador tinerfeño Rumeu de Armas habla de la acción española en el África Atlántica como «operación frustrada».

En el siglo XIX coinciden dos hechos históricos que facilitan la recuperación de la vocación africana de España: la independencia de las posesiones españolas en América y la explosión del imperialismo colonialista de las potencias euro-occidentales, cuyas ambiciones expansivas se fijan preferentemente en África. Con la pérdida de América, el estrecho de Gibraltar vuelve a ser el eje de la política exterior española, al desaparecer de su horizonte de real influencia el continente americano. Sin embargo, nunca las cosas en la Historia vuelven a su idéntico cauce. La España del siglo XIX ya no es la España del siglo XV; y consecuentemente el vector canario ha cambiado de orientación e intensidad. En su repliegue hacia sí misma, España se ve obligada a reorientar su papel en el mundo. España es entonces una propuesta histórica menguada, que lucha dificultosamente por encontrarse a sí misma en un mundo que ya no le es propio. Afanada durante siglos en la empresa americana, España ha descuidado su condición europea y no logra entrar en la modernidad, ya consolidada desde hace un par de siglos en Inglaterra y Francia. Nunca llegó a efectuarse en nuestro país la revolución liberal-burguesa que transformó de raíz la estructura y expectativas de las naciones de Europa Occidental. La consecuencia es que España, que fue pionera en su política africana, tuvo un papel muy mediocre en el proceso colonizador en África de los siglos XIX y XX al estar su actuación muy condicionada a los intereses estratégicos de



Francia e Inglaterra. Por otra parte, España no logra estabilizarse internamente y se ve sometida a continuas fracturas de la convivencia de sus habitantes, lo que le impide presentar un frente sólido para su actuación en el exterior. Canarias, por su ya tantas veces enunciada situación geoestratégica, desempeñó un papel de importancia en la política africana no sólo de España sino también de Inglaterra, que llegó a ejercer a finales del siglo XIX y comienzos del XX un colonialismo económico «de facto» sobre el archipiélago. Esto lo vio con claridad el gran escritor español Miguel de Unamuno, quien en una crónica viajera fechada en Las Palmas en agosto de 1909 (y recogida en su libro «Por tierras de España y Portugal») escribe: «Han empezado ya las huelgas de los obreros cargadores —de carbón y de carga blanca— del puerto de la Luz; huelgas que podrán llegar a ser una sacudida en la conciencia pública y que acaso eviten el que esta hermosa ciudad española, henchida de promesas y esperanzas, llegue a ser una gran factoría mediaticada por unas cuantas casas extranjeras... Y esas casas tratan a sus obreros españoles, canarios, como acaso se guardarían muy bien de tratarlos si fuese en su tierra». En cualquier caso, el puerto de la Luz se benefició de la expansión imperialista de las potencias europeas; además la navegación a vapor potenció, desde la segunda mitad del siglo XIX, la situación geográfica de Canarias; para culminar el proceso de desarrollo creciente de Las Palmas, el desarrollo de la navegación de hidrocarburos ha convertido a su puerto en una auténtica «estación de servicio» en el Atlántico. El gran reto de ahora mismo del puerto de la Luz es mantener su primacía portuaria en la fachada atlántica de África.

Los puertos canarios —especialmente los de Santa Cruz de Tenerife y de la Luz— han sido sensibles instrumentos operativos al servicio de la circunstancia canaria. Como ya hemos dicho, las islas Canarias han forjado su destino como avanzada española hacia América y África según una cadencia fluctuante determinada por el proyecto histórico de España en cada momento. Pues bien, es interesante detectar algo así como una especialización de Tenerife en cumplimentar el destino americano del archipiélago y de Las Palmas de hacer lo propio con la dimensión africana de Canarias. La especial orientación y sensibilidad de Tenerife respecto de Iberoamérica y de Las Palmas con relación a África es un fenómeno digno de estudio y, en cualquier caso, aparece reforzado en los últimos años. Es como si la sociedad canaria hubiese generado una útil división de trabajo histórico para afrontar con eficacia el imperativo del archipiélago como lugar de encuentro entre tres continentes: Europa, América y África. La afirmación que antecede no su-



pone ninguna privilegiación de los roles de una isla sobre otra, sino la verificación de una realidad que me parece positiva, sobre todo cara a un futuro en que Canarias puede —y debe— actuar como ámbito de encuentro y cooperación de lo africano y lo iberoamericano. Esta misión que avizoro para Canarias sería la culminación integrada de dos proyectos históricos españoles en que las islas han cumplido un fundamental papel¹.

Me refería al principio de este trabajo a que en los sectores mayoritarios de la población canaria lo africano ha sido y sigue siendo vivido como lo extraño y lo hostil al archipiélago. Como nada acontece en los destinos humanos sin su correspondiente razón vital e histórica, yo creo que esta vivencia canaria arranca de las conflictivas relaciones con la costa noroeste desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XVIII. Me refiero al episodio de la piratería berberisca, que tan honda conmoción ha dejado en el inconsciente colectivo canario, especialmente en el de la población de las islas orientales, cercanas a África. También parece razonable pensar que los colonizadores peninsulares de las islas trajeron aquí un vivo sentimiento anti-islámico y por tanto anti-africano, tras el duelo de ocho siglos con los musulmanes. Es de justicia histórica hacer constar que la piratería berberisca no mostró durante algún tiempo interés por las islas; su atención se concentraba en el Mediterráneo, pero las frecuentes incursiones de los canarios en la costa cercana de África (para la captura de esclavos, unas veces, y con propósitos punitivos otras), con armadas o navíos aislados, hicieron que los berberiscos terminaran por reaccionar y convertirse en agresores de Canarias. La primera expedición de que se tiene noticia fue la del corsario Calafat, que atacó con diez galeras la isla de Lanzarote, el 22 de septiembre de 1659; asoló la isla durante un mes y se volvió con más de doscientos

1. Las torpezas de la mayoría de los gobernantes iberoamericanos, y las injustas estructuras del sistema financiero internacional, han producido la gigantesca deuda iberoamericana, que ha frenado en seco planes de expansión sobre África de países tan caracterizados como Brasil y Venezuela. Estoy convencido de que, superada la crisis —que tendrá que superarse, pues está en juego la estabilidad de las finanzas internacionales—, este movimiento iberoamericano hacia África tendrá continuación consolidada. En este proceso histórico Canarias tendrá algo que decir como lugar de encuentro de culturas atlánticas convergentes. Los iberoamericanos —por razones cuya enumeración excede el propósito de este trabajo— tienen clara tendencialidad hacia lo africano. Repárese, por ejemplo, en la necesidad que ha tenido la Unión Soviética de utilizar su peón cubano para penetrar en África.



esclavos que había hecho entre sus habitantes. Los Cabildos de Gran Canaria y Tenerife, al tener noticia de la incursión, enviaron socorros que contribuyeron a la retirada de Calafat, pero las penetraciones berberiscas volvieron a repetirse los años siguientes. La primera agresión berberisca fue de tal magnitud y provocó tal desastre, que durante dos siglos los canarios vivieron pendientes de lo que acontecía en la vecina costa africana, de donde procedía para ellos el peligro y el riesgo por excelencia. No es lugar adecuado este trabajo para hacer un balance o juicio de estas tormentosas relaciones de Canarias con la costa noroeste de Africa; pero sí parece oportuno subrayar que el despiadado contencioso canario-berberisco se nutrió de una carencia peligrosísima en la vida histórica: la falta de reconocimiento mutuo con la consiguiente privación de institucionalización jurídica entre las partes. Esto es lo que hay que evitar a todo trance en el presente y en el futuro. Esto es lo que explica el gran rechazo popular canario hacia la forma desastrosa —por ambigua y precipitada— en que España descolonizó el Sahara Occidental sin dejar atrás unos sólidos referentes. Ya volveré a este crucial tema más adelante, pero quiero ahora subrayar que la terrible matanza del pesquero «Cruz del Mar» —todavía sin aclarar debidamente— hizo revivir en la conciencia canaria los atroces recuerdos del pasado.

No es propósito de este trabajo entrar en detalles de las relaciones entre Canarias y el Noroeste de Africa, por otra parte ya bastante historiadas, sino retener un dato infraestructural básico que ya saltó al tapete de este análisis: la recuperación del estrecho de Gibraltar como horizonte referente de la política exterior española, todavía vigente en la actual estrategia defensiva de España. En el caso incluso de que nuestro país ratificara su integración en la Alianza Atlántica, todos los estudios de defensa de España privilegian la necesidad de custodia y control del eje Baleares-Estrecho-Canarias como expresión consolidada de nuestros intereses nacionales en el concierto atlántico-occidental. Ha habido intentos por parte de los estrategas del Pentágono norteamericano de globalizar la aportación española a la defensa de Occidente de forma que se difuminaran los perfiles efectivos de nuestros intereses nacionales; en esta perspectiva globalizada España renunciaría a su identidad nacional —entendida como un proceso histórico individualizado e irreversible— y, en nuestro caso canario, se cegarían posibilidades históricas imprescindibles para un futuro abierto de cooperación con Africa. La aceptación ya de hecho por la doctrina atlántica del punto de vista español sobre la soberanía nacional del eje



Baleares-Estrecho Canarias sanciona (así lo entiendo yo) el derecho y el deber de España de establecer su propio sistema de defensa de Canarias sin vincularlo a posibles desviaciones imperialistas de intereses multinacionales, ajenos a los de la sociedad canaria. Las lamentables confrontaciones del pasado entre Canarias y la Berbería han de ser tenidas como advertencia de lo que *no* deben ser nunca más las relaciones entre nuestro archipiélago y el continente vecino. Las relaciones de Canarias y Africa han de ser de cooperación y no de confrontación; esta premisa debe prevalecer en todo planteamiento de futuro en beneficio de las partes implicadas. Canarias no tiene vocación de región fronteriza, de temor y riesgo; creo haber mostrado que lo sustancial del itinerario histórico de Canarias ha sido su vinculación con empresas de progreso como la americana, o de metabolización cultural de lo mejor de la cultura europea (desde Viera y Clavijo al episodio de la «Gaceta de Arte» tinerfeña); este talante de afirmación, y no de inerte negación y rechazo, ha de extenderse a nuestras relaciones con Africa.

La torpe descolonización del Sahara en noviembre de 1975, en los coletazos de agonía del régimen de Franco, produjo un fortísimo impacto en la sociedad canaria. Por aquellas fechas escribía yo en un artículo de prensa titulado «Canarias en la encrucijada»: «Las islas Canarias se enfrentan ahora mismo —desde la colonización del Sáhara— frente al reto más importante y difícil de su historia desde que, hace cinco siglos, se incorporaron a la Corona de Castilla. Los canarios debemos tener clara y pronta conciencia de que nuestra circunstancia geo-histórica ha sido modificada de raíz y para siempre. Hemos pasado de la condición de tierra interior española a la de frontera». Más adelante, en ese artículo periodístico, puntualizaba: «La tierra más cercana —y bien cercana que está— es el Sahara, y este territorio ha estado durante estos siglos en manos de los españoles. Precisamente ésta fue la justificación histórica de la presencia de España en “la orilla de enfrente” de Canarias. Las islas, pues, ya no tienen las espaldas cubiertas». Han pasado cerca de diez años desde que escribí lo que antecede y conviene hacer algunas puntualizaciones. Sigo pensando que Canarias se encuentra con un reto histórico decisivo, pues por primera vez ha de poner en marcha mecanismos políticos, económicos y culturales que reorienten su vectorialidad en función de sus nuevas circunstancias históricas. Estimo que esta reconsideración de sus prioridades incluye la potenciación de su dimensión africana, sin por ello abandonar su vocación iberoamericana. Dentro de la compleja red relacional en que consiste Canarias, hay que dotar a la dimensión africana de un valor de



posición de rango jerárquico superior al que actualmente ocupa. La situación canaria cara a un futuro entendimiento con África viene propiciada por la evolución política española, que permite a nuestro país una acción exterior más ágil y más prestigiada que en épocas anteriores. Pienso que desde Canarias debe impulsarse una política de apoyo a la estabilidad del Magreb, pues ésta es garantía de seguridad para Canarias. Cuando la descolonización del Sahara² la aguda rivalidad —atemperada en los últimos tiempos— entre Marruecos y Argelia sobre este territorio tuvo unos resultados nefastos para la estabilidad de Canarias. No hay más que recordar el descarado chantaje que las autoridades argelinas perpetraron contra Canarias con el apoyo a las tesis extravagantes y maximalistas del MPAIAC de Cubillo, quien, por cierto, ha variado sus radicales puntos de vista y ahora se aviene a regresar a su tierra natal en base a una interpretación «sui generis» de la Constitución española de 1978, la cual en su momento rechazó en bloque y sin concesiones. Todos debemos alegrarnos de que haya mudado de opinión, aunque se reafirme en su peculiar interpretación guanchista de Canarias. Es oportuno señalar aquí y ahora que la posición del canario respecto a los guanches no ha estado hasta ahora presidida por la debida objetividad. Ha oscilado entre una infravaloración del pasado prehistórico de las Islas y una hiperbólica idealización de las realidades guanches; esta última posición tuvo su expresión genuina en los historiadores canarios del siglo XVIII, imbuidos de las teorías «rousseauianas» del «buen salvaje». Esta tendencia se prolongó durante el Romanticismo. Hoy día parece perfilarse entre los historiadores canarios una actitud decidida en la busca de un estudio científico y solvente del pasado guanche. Como muy bien ha escrito el antropólogo tinerfeño Luis Diego Cuscoy, «todavía estamos a tiempo de alcanzar a un hombre perdido en la prehistoria, marchar junto a él y descubrir la verdad de su vida y el secreto de sus orígenes». En cualquier caso, no conviene una exageración mitómana de nuestro pasado guanche como elemento diferenciador de nuestra contextura antropológica. Es un dato histórico que el proceso de asimilación de la población aborigen por los pobladores y descubridores castellanos se completó con rapidez. Si se examinan

2. Afortunadamente el tema sahariano está últimamente bastante desactivado, aunque no resuelto en términos de justicia histórica. Cuando escribí «Canarias en la encrucijada» la perspectiva era muy sombría, lo que se refleja en el tono en que está escrito el artículo.



las normas reales dictadas para Canarias a partir ya del siglo XVI, se comprueba la ausencia de referencias a los canarios aborígenes o a los castellanos como grupos sociales diferenciados por un estatuto jurídico propio. La población canaria actual es el resultado de fusión de castellanos e isleños, a los que se agragaron españoles de todas las regiones peninsulares y extranjeros aquí establecidos como consecuencia de la estratégica situación comercial del archipiélago.

Los años setenta fueron los de la aparición de un cierto nacionalismo cultural y político en las islas, bastante confuso en sus planteamientos, pero revelador en todo caso de una emergente nueva conciencia canaria, catalizada en gran parte por la grave crisis abierta en el archipiélago por la descolonización del Sahara. Este brote nacionalista, que está en gran parte superado por la evolución de los acontecimientos públicos en Canarias, es —en mi opinión— un fenómeno parasitario del proceso identificador que se desarrolla últimamente en el archipiélago. Tiene toda la razón del mundo el escritor grancanario Angel Sánchez cuando, en su libro «Ensayos sobre cultura canaria», escribe: «Canarias es, tal vez, con Cataluña, la región que más contactos ha tenido en su historia con elementos humanos y culturales extraños a su tradición. Siendo entonces una especie de zona franca de contactos, la regresión nacionalista eliminaría en un exceso de purismo todos los elementos extraños a los canarios, los cuales funcionan todos juntos y forman al canario de hoy». Y añade Angel Sánchez algo bien claro: la sociedad canaria no está aún formada y somos todavía «un conglomerado de procedencias y pulsiones culturales». Pero en cualquier caso el autor citado subraya que «en la penúltima década del siglo XX, hablar de nacionalismo a nivel de regiones es descabellado».

Es importante que nuestros vecinos africanos tengan en mente las peculiares realidades canarias para que no cometan equívocos frustrantes y estériles respecto de las islas; no deben tener repetición pasadas mascaradas urdidas toscamente de prisa y corriendo cuando se chantajeaba a España con la amenaza de llevar el caso canario a las «cumbres» de la OUA, Organización para la Unidad de Africa. Por su parte, en Canarias hay que establecer una estrategia de colaboración con nuestros vecinos africanos, que forman parte de un paisaje histórico-cultural en plena fragua de transformación. Ya no nos vale el clisé de un Africa hostil y llena de tinieblas; a los canarios nos interesa sobremanera la estabilidad y la soberanía de la zona cercana a Canarias para poder establecer con ella relaciones de colaboración mutuamente satisfactorias.

